

EL SUSTRATO BIOÉTICO DE LA OBRA DE J. R. R. TOLKIEN: POSIBILIDADES PEDAGÓGICAS

Carlos Eduardo de Jesús Sierra Cuartas¹

RESUMEN

Existen fuentes valiosas para metas de la formación de la conciencia ética y bioética, si bien se las conoce poco o nada en los ámbitos académicos. De hecho, son fuentes que casi no tienen mención en la literatura bioética estándar, lo que sugiere que aún falta mucha investigación en materia de historia de la bioética. En especial, la obra mitopoiética de Tolkien no ha recibido una atención debida, pese a la reciente versión cinematográfica de *El Señor de los Anillos*. Así, este artículo destaca los méritos de tal obra para las metas antedichas, sin exclusión del nivel superior para los ingenieros, científicos y médicos en agraz.

PALABRAS CLAVE: Bioética, historia de la bioética, enseñanza de la bioética, mitopoeia, Tolkien.

ABSTRACT

There are valuable sources for purposes of the development of ethical and bioethical conscience, although they are poorly known in the academic fields. In fact, these sources are almost not mentioned in the standard bioethical literature, which suggests that it lacks yet a lot of research in the matter of history of bioethics. Especially, Tolkien's mythopoeia work has not received a proper attention, in spite of the recent films of *The Lord of the Rings*. Thus, this article highlights the merits of such work for the aforementioned goals, without exclusion of the higher education for future engineers, scientists and physicians.

KEY WORDS: Bioethics, history of bioethics, teaching of bioethics, mythopoeia, Tolkien.

Exordio: Naturaleza del problema

No ha pasado mucho tiempo desde el estreno de la versión cinematográfica de *El Señor de los Anillos*, constituida por tres partes, correspondientes a los tres libros

¹ Magíster en Educación de la Pontificia Universidad Javeriana e ingeniero químico de la Universidad Nacional de Colombia. Profesor Asociado de ésta. De otro lado, miembro de *The New York Academy of Sciences*, *The History of Science Society*, *The British Society for the History of Science*, *The Newcomen Society for the Study of the History of Engineering and Technology* y *The International Committee for the History of Technology*. Además, es Biographeer de *Marquis Who's Who*, *American Biographical Institute* e *International Biographical Centre*. Por lo demás, autor de publicaciones sobre educación, bioética e historia de la ciencia en revistas, boletines y periódicos de Colombia, Estados Unidos, Gran Bretaña, México, Venezuela y España. cesierra48@une.net.co

constitutivos de la obra original de John Ronald Reuen Tolkien. Como se sabe, tal versión estuvo dirigida por el neozelandés Peter Jackson, quien sacó adelante tal iniciativa inspirado por la lectura inicial de la obra a mediados del siglo XX. Es más, la página oficial de la película sigue vigente en la Red². No obstante, amén de la página oficial, la Red abunda en páginas a granel dedicadas a la obra literaria de Tolkien, desde páginas de meros entusiastas de las películas hasta las pergeñadas por asociaciones diversas de eruditos e investigadores. En fin, es indudable que la versión cinematográfica ha causado un impacto que, por fortuna, trasciende con creces los estrechos círculos académicos. Es decir, conviene que tal obra literaria la conozca con amplitud desde el académico hasta el hombre de la calle habida cuenta de su rico sustrato ético y bioético, bastante útil para fines altamente educativos. Empero, no parece haber la debida percepción de estas posibilidades hasta donde cabe decir.

Lo anterior desconcierta aún más si tomamos en cuenta un suceso de fines del siglo XX acaecido en la Rubia Albión³: a principios de 1997, la revista *Waterstone* llevó a cabo una encuesta entre sus lectores para determinar cuál consideraban el mejor libro del siglo XX. En dos palabras, *El Señor de los Anillos* quedó escogido en calidad de tal, resultado que no fue del agrado de ciertos círculos literarios y académicos, los cuales se resisten a reconocer los méritos de Tolkien. En cualquier caso, no cabe dudar de que sea una obra muy bien lograda. Por otra parte, dicha obra influyó sobremanera en la cultura juvenil de la década de 1960, pese al hecho que Tolkien no era precisamente un profesor radical. De facto, él mismo se declaraba como anticuado confeso. Como quiera que sea, su obra llegó a ser el libro perfecto para la contracultura estudiantil, el movimiento estudiantil antibélico, por contener un mensaje pacifista, aunque Frodo Bolsón, como dice David Day, no sea propiamente un Gandhi de los Hobbits. De esta influencia, nació un fruto interesante: *Greenpeace*, fundada en 1969 en Vancouver, Canadá⁴. Por lo demás, no perdamos de vista que esa fue la década que vio surgir la bioética.

Pero, hay más motivos de desconcierto. Si bien existe una cierta abundancia de estudios sobre Tolkien y su obra, es patente el desconocimiento respectivo tanto en el seno de la cultura académica como entre el gran público, a despecho del fenómeno cinematográfico antedicho. Apenas comienza a percibirse una sensatez tardía en el ámbito de la literatura bioética. Para muestra un botón, la revista estadounidense *Medical Humanities* publicó, en 2007, un par de artículos basados en la obra de J. R. R. Tolkien, uno de David Hogan y Mark Clarfield⁵ y otro de Lynn Underwood⁶, ambos dedicados a lo atinente al final de la vida. Con todo, al explorar con detenimiento la Red con la ayuda de un buen metabuscador, como *Copernic Agent Professional*, es inevitable concluir que no hay nexos evidentes entre Tolkien y la bioética. Por ejemplo, si buscamos, tanto en castellano como en inglés, para el vocablo *bioética*, y luego revisamos los resultados para detectar la posible presencia de Tolkien y su obra, nada aflora para efectos prácticos. Del mismo modo, si buscamos para el vocablo *Tolkien* y

² www.lordoftherings.net.

³ Pearce, Joseph. (2003). *Tolkien: Hombre y mito*. Barcelona: Minotauro.

⁴ Day, David. (2002). *El anillo de Tolkien*. Barcelona: Minotauro.

⁵ Hogan, David B. and Clarfield, Mark. (2007). *Venerable or vulnerable: ageing and old age in JRR Tolkien's The lord of the rings*. En: *Medical Humanities*. Vol. 33, Nº 1.

⁶ Underwood, Lynn G. (2007). *Now bounded, now immeasurable: perspectives on time in disability, in suffering and at end of life*. En: *Medical Humanities*. Vol. 33, Nº 1.

revisamos a continuación los resultados de la búsqueda para detectar la presencia de la bioética, obtenemos algo parecido. Por ende, la búsqueda debe ir en otra dirección.

En realidad, abundan los escritos sobre la dimensión simbólica de la obra del escritor británico, como es el caso de la tesis doctoral del padre Ricardo Irigaray, S.J., Presidente Honorario de la Asociación Tolkien Argentina, presentada en la Universidad de Navarra en 1996, un estudio profundo acerca de dicha obra⁷. Ahora bien, desde el punto de vista ético, nuestro espíritu inquisitivo comienza a quedar satisfecho al topár con la obra de Stratford Caldecott, director del Centro para la Fe y la Cultura de Oxford, quien ha demostrado que la estructura moral de *El Silmarillion* y de *El Señor de los Anillos* es neotestamentaria sin ir más lejos⁸. De hecho, Caldecott no se limita en sus análisis al mero ámbito clínico, como en los casos de Hogan, Clarfield y Underwood, sino que apunta en una dirección en perfecta sintonía con la bioética global, esto es, la crítica profunda de la sociedad industrial⁹. Así las cosas, la obra de Tolkien va mucho más allá de ser la narración simple de cuentos fantásticos. Es menester saber leerlo.

La dimensión ética de la obra de Tolkien en la simbología del anillo

David Day ha investigado con cuidado las diversas fuentes que nutrieron la obra del escritor británico. En concreto, el anillo hace las veces de un leitmotiv poderoso y rico en imágenes. El diapasón de fuentes culturales es variopinto: la mitología nórdica, las leyendas artúricas, los mitos celtas y sajones, el romance germánico, los mitos griegos y romanos, las leyendas bíblicas, los mitos orientales y los anillos de los alquimistas. Pero, ¿cuál es la esencia del aporte hecho por Tolkien? De acuerdo con Day, sin rechazar la herencia tradicional, nuestro escritor transformó de manera radical el sentido de la búsqueda del anillo, al punto que la convirtió en algo nuevo y relevante para el siglo XX¹⁰. Pero, como advierte Day, esto no quiere decir que *El Señor de los Anillos* sea una alegoría de nuestro tiempo, puesto que el propio Tolkien rechazó la perspectiva alegórica habida cuenta de su limitación. Por ejemplo, él rechazó preguntas tales como: “¿Son los orcos nazis o comunistas?”. Con todo, la naturaleza de la búsqueda del anillo y de la posición moral concomitante, se aplican sin problema a los conflictos históricos más cruciales del siglo XX. En lo esencial, Tolkien abordó la crisis moral que veía en la guerra real, y no sólo en el enemigo.

Sigamos con las oportunas precisiones de Day. A propósito de la génesis de la obra magna de nuestro escritor, nos dice lo siguiente:

En 1937, la imaginación de Tolkien comenzó a forjar su Anillo Único como un símbolo de poder absoluto que, moral y físicamente, contaminaba a todos los que lo tocaban. Ni siquiera habría sido capaz de adivinar cómo la

⁷ Irigaray, Ricardo. (1999). *Elfos, hobbits y dragones: Una investigación sobre la simbología de Tolkien*. Buenos Aires: Tierra Media.

⁸ Alonso, Abraham. (2005). *Tolkien y la mitopoeia: El Señor de los Mitos*. En: *Muy Especial*. N° 70.

⁹ Caldecott, Stratford. (2006). *JRR Tolkien: Can we find Tolkien's Ring in the real world?* En: <http://www.churchinhistory.org/pages/leftpane/reflect-lit/tolkien/tolkien-caldecott.htm>.

¹⁰ Day, op. cit.

historia daría alcance a esta lóbrega visión y haría que el relato pareciera casi profético. No podría haber imaginado en verdad cómo los científicos del mundo real pronto crearían algo tan poderoso, maligno y contaminante como el Anillo Único de Sauron, el Señor Oscuro.

En las últimas líneas del anterior fragmento, hay una alusión directa a la bomba atómica. Desde luego, la idea del Anillo Único no estuvo inspirada en la bomba de marras, por más que la tierra árida de Mordor pueda parecerse a un campo de pruebas nucleares. Como quiera que sea, Tolkien estuvo en contra de la bomba, como lo reflejan estas palabras suyas: “La completa locura de esos físicos lunáticos al consentir llevar a cabo un trabajo semejante con fines belicistas: ¡planear con calma la destrucción del mundo!”. En suma, el relato pergeñado por Tolkien no es una alegoría del poder atómico, sino del Poder. Más bien, el poder atómico queda como un caso particular.

Como vemos, en el escritor de la Rubia Albión encontramos un pensamiento bioético global años antes de la propuesta de Van Rensselaer Potter. Para mayor ilustración al respecto, aquí va este otro fragmento significativo, en el cual apreciamos con claridad la noción de responsabilidad social del científico:

La física nuclear puede utilizarse con ese fin [las bombas]. Pero, no es necesario que se la utilice. No es necesario en absoluto. Si hay alguna referencia contemporánea en mi historia es, a lo que a mí me parece, el supuesto más extensamente difundido de nuestro tiempo: que si algo puede hacerse, ha de hacerse. Esto me parece totalmente falso. Los mayores ejemplos de la acción del espíritu y de la razón se encuentran en la *abnegación*. Cuando se dice que el P[oder] A[tómico] está “aquí para quedarse”, me recuerda que Chesterton comentaba que, cuando oía decir algo parecido, sabía que, no importa a qué se refiriera, pronto se desecharía, y consideraría lamentablemente anticuado y fuera de lugar. El poder llamado “atómico” es algo mayor que cualquier cosa que Chesterton pudiera estar pensando (lo he oído de los tranvías, la luz de gas y los trenes de vapor). Pero, es seguro que tendrá que haber alguna “abnegación” en su utilización, una deliberada negación a hacer algunas de las cosas que es posible hacer con eso. ¡De lo contrario, nada quedará!

Por su lado, destaca Daniel Grotta que *El Señor de los Anillos* estalló en las universidades estadounidenses, a comienzos de la década de 1960, como una tormenta de verano sobre un desierto reseco. Fue la época en la cual el sueño americano mutó en pesadilla. En general, muchos jóvenes comenzaron a sentirse insatisfechos y alienados con la civilización contemporánea¹¹. En todo caso, el éxito alcanzado por la obra magna de Tolkien en dicha década fue impresionante, más allá de lo que sugiere la denominación *best-seller*. Por esto, hoy día es inevitable sonreír ante el error cometido por la editorial Allen & Unwin al subestimar en su momento la audiencia de *El Señor de los Anillos*.

De la gran difusión alcanzada por la obra del escritor británico, ha quedado un muestrario significativo de grafitos aparecidos en diversas urbes estadounidenses. Botón

¹¹ Grotta, Daniel. (2002). *J. R. R. Tolkien: El arquitecto de la Tierra Media*. Barcelona: Andrés Bello.

de muestra, “apoye al hobbit de su barrio”, “Gandalf a presidente”, “¡Frodo vive!” y “leer a Tolkien puede formar a un hobbit”. Más todavía, los jóvenes se saludaban a la manera hobbit: “que no se te caiga el pelo de los pies”. Y diversas palabras del vocabulario de las obras de Tolkien pasaron al habla cotidiana de muchos países¹². Así, John Ronald Reuen contribuyó de manera no desdeñable a formar la conciencia bioética del gran público de aquellos días tan convulsionados.

Tornemos a David Day. De lo ya dicho, queda claro que Tolkien destaca la necesidad de modificar las estructuras de poder. Además, sus héroes exhiben una moralidad muy humana. Esto es, con los Hobbits muestra que de nada sirve cambiar la naturaleza de la búsqueda si no se cambia la naturaleza del héroe. Como dice el mismo Tolkien, los Hobbits carecen de poderes sobrehumanos, viven en contacto íntimo con la naturaleza y son extraordinariamente libres, y no conocen la ambición ni la codicia. Ex profeso, Tolkien los concibió pequeños, en parte, a fin de mostrar la mezquindad del hombre, estrecho de miras y de magín inope. Así mismo, quería mostrar en criaturas de poca fuerza física el asombroso e inesperado heroísmo de los hombres ordinarios en situaciones apuradas. Es una decencia humana básica¹³. En fin, como resalta Day: “Al final, es el corazón humano, no la sabiduría de la mente ni la fuerza del cuerpo, lo que salva al mundo. La sencilla capacidad humana para la misericordia es, en última instancia, lo que permite que el mal sea vencido”.

Tras este muestrario acerca de la dimensión ética de la obra de J. R. R. Tolkien mediada por el símbolo del anillo, viene a ser una buena idea adentrarnos en los orígenes correspondientes, por lo que nos detendremos algo en la biografía de nuestro escritor.

De la formación de la conciencia ética de J. R. R. Tolkien

Las investigaciones sobre el origen, evolución y consolidación de la obra literaria de Tolkien brindan una descripción cuidadosa del proceso de formación de la conciencia ética de este escritor británico, la cual es relevante a fin de apuntalar la comprensión adecuada de los elementos éticos y bioéticos presentes en sus libros. De otro lado, las biografías y las autobiografías son fuentes inestimables para efectos de investigación histórica. En este caso, de la bioética.

John Ronald Reuen Tolkien nació en Bloemfontein, un enclave afrikáner de Sudáfrica, el 3 de enero de 1892. Poco después de su tercer cumpleaños, su madre, Mabel, regresó a Inglaterra junto con John Ronald Reuen y su hermano menor, Hilary. En cambio, su padre, Arthur, debió permanecer en Sudáfrica como director de la sucursal de Bloemfontein del Banco de África. Empero, a comienzos de 1896, falleció a causa de una fiebre reumática. La muerte de su esposo puso a Mabel en una situación difícil al carecer de recursos suficientes para instalarse por su cuenta, por lo que tuvo que buscar un alojamiento con un alquiler barato. Lo encontró en la aldea de Sarehole, cerca de Birmingham, en el verano de 1896, un ambiente rural pese a su cercanía a la gran urbe industrial. Esto fue clave en la vida de Tolkien, puesto que en Sarehole nació

¹² *Ibíd.*

¹³ Day, *op. cit.*

su amor por los árboles y su aborrecimiento por quienes los destruían sin ningún motivo. Incluso, ya anciano, Tolkien dirá que los cuatro años vividos en Sarehole fueron la etapa más formativa de su vida.

Mabel se preocupó por la educación de sus hijos, máxime que ella tenía formación como maestra. Se aseguró de que tuviesen muchos libros para leer. También, la imaginación de Tolkien se alimentó de los cuentos de hadas. En suma, inició una relación amorosa con el lenguaje desde temprano. Luego, cuando el niño Tolkien tenía ocho años, su madre dejó el anglicanismo para convertirse al catolicismo, una circunstancia que la alejó de sus parientes, con los consecuentes apuros económicos. En todo caso, Mabel Tolkien asumió con valentía las consecuencias de su conversión dada la sinceridad de la misma. De esta suerte, John Ronald Reuen recibió de su madre su fe católica, elemento primordial de su posterior obra literaria. De facto, su fe católica le alimentó su amor por el medievalismo.

Tras cuatro años pasados en Sarehole, la familia se trasladó a Birmingham. Como afirma Pearce, el desarraigo de la vida rural que tanto le fascinaba y el cambio a una existencia urbana que detestaba tuvieron consecuencias duraderas para el niño. Fue la base de la tensión creativa que animó los contrastes de la vida y el paisaje en la Tierra Media¹⁴.

El 14 de noviembre de 1904, a sus treinta y cuatro años, falleció la madre de Tolkien. La causa de su fallecimiento: diabetes. En su testamento, Mabel designó al padre Francis Morgan como tutor de sus dos hijos, labor que ejerció de una manera ejemplar. Quienquiera que estudie la biografía de J. R. R. Tolkien podrá advertir la enérgica figura paterna que fue este sacerdote para ambos huérfanos. Tiempo después, a comienzos de 1908, John Ronald Reuen conoció a Edith Mary Bratt, tres años mayor que él, una mujer muy hermosa, a quien desposó años más tarde, no sin la resistencia enconada del padre Morgan, al punto que montó en cólera. Todavía más, el romance de película de ambos, en virtud de su sacrificio, fue la base del amor heroico de Aragorn y Arwen, y de Beren y Lúthien, en la mitología pergeñada por Tolkien.

Charles Moseley, citado por Pearce, señala tres aspectos especialmente importantes de la vida de Tolkien que arrojan luz sobre sus obras literarias, a saber: su fe religiosa, su experiencia de la Primera Guerra Mundial y la naturaleza de la sociedad y la vida académica de Oxford. Como bien sabe quien conozca las obras de Tolkien, Sam Gamgy es un personaje central. Su inspiración estuvo en la guerra antedicha. Según dijo el mismo Tolkien: “Mi “Sam Gamgy” es en realidad un reflejo del soldado inglés, de los asistentes y soldados rasos que conocí en la guerra de 1914, y que me parecieron muy superiores a mi mismo”. En fin, como puede verse, dicha guerra marcó sobremanera a Tolkien, a tal punto que numerosas huellas de tal experiencia quedaron volcadas en su trilogía. Es más, no fue un caso aislado de influencia de una conflagración bélica en la génesis de un pensamiento bioético. Con posterioridad a la experiencia de Tolkien, está la de Hans Jonas con la Segunda Guerra Mundial, que marcó también en grado sumo el pensamiento bioético que nutre su obra *El principio de responsabilidad*.

¹⁴ Pearce, op. cit.

El proceso mismo de elaboración de *El Señor de los Anillos* exige la mención de una tertulia de la que Tolkien formó parte en su etapa oxoniense: los *Inklings*. Esta tertulia se fundó a comienzos de la década de 1930 y tuvo una larga vida, un cuarto de siglo. Con anterioridad, existió otra, los *Coalbiters* (los mordedores de carbón), cuya razón de existir fue la lectura de las sagas islandesas. Una vez desaparecidos los *Coalbiters*, los *Inklings* llenaron su vacío. Su centro era Clive Staples Lewis, alma gemela de Tolkien. En cuanto a su ritual, los *Inklings* se reunían una vez a la semana, los jueves en la mañana por lo general, en el bar *Eagle and Child*. En la tarde, se congregaban en el salón de Lewis en el *Magdalen College*. Poco después de las nueve de la noche, uno de los miembros leía un manuscrito de su autoría (un poema, una historia o un capítulo). Luego, seguían los comentarios de los demás miembros y podía haber más lecturas y la reunión convertirse en una discusión general o, con frecuencia, en un debate acalorado sobre casi cualquier tema que aflorase. Incluso, es fama que Tolkien hacía caso omiso de las objeciones planteadas por sus contertulios con motivo de las lecturas de sus avances con la escritura de su obra magna, proceso que llevó a cabo a lo largo de catorce años. Como quiera que sea, de acuerdo con Daniel Grotta, aunque los *Inklings* influyeron poco en la forma final de la obra magna de Tolkien, no es muy probable que hubiera escrito durante tantos años sin la atención y el aliento de sus amigos. De aquí, vemos bien que *El Señor de los Anillos* no es una obra para niños, puesto que se lo fue leyendo a gente madura y culta. En rigor, se trata de un cuento de hadas para adultos, en contraste con *El Hobbit*, que está dirigido a un auditorio infantil.

A principios del otoño de 1925, Tolkien asumió la cátedra Bosworth y Rawlinson de anglosajón en la Universidad de Oxford, su Alma Mater. Antes, había profesado en la Universidad de Leeds, período de gran productividad para él. Para Tolkien, fue notorio el cambio entre el Oxford de 1925 en relación con el de su período de estudios, 1911 a 1921: los bosques raleaban, los campos abiertos mutaban a aldeas, los pueblos pequeños en suburbios, y éstos se incorporaban a las ciudades. Se construyeron *colleges*, fábricas y pueblos residenciales. En pocas palabras, la Universidad de Oxford vio desaparecer su entorno rural. Todos estos cambios afectaron a Tolkien, quien prefirió retirarse del mundo externo. En general, se sentía cómodo en el ambiente académico oxoniense.

Concluida la Segunda Guerra Mundial, *El Hobbit* entró a formar parte de las listas de lectura para la educación básica en Inglaterra y los Estados Unidos. Aún es uno de los clásicos de la literatura infantil más recomendado y leído en ambos países. Años más tarde, en 1957, Tolkien recibió el primer premio concedido a su célebre trilogía: en la correspondiente convención anual de la *World Science Fiction*, *El Señor de los Anillos* quedó como la mejor obra de fantasía de 1956 y a Tolkien le entregaron el famoso premio Hugo, hecho curioso porque, como decía el propio Tolkien, él jamás escribió ciencia ficción, aunque fue un lector consumado de tal género. Inclusive, hacia 1961, el entusiasmo suscitado por su trilogía pasó de los académicos al ámbito de los adeptos a la ciencia ficción. Destaquemos este hecho habida cuenta que la ciencia ficción es otro género con nexos evidentes en relación con la bioética. En otros términos, la literatura ha hecho las veces de avanzada de la filosofía, esto es, los literatos, incluidos los ensayistas, han explorado en sus obras temas de los que más tarde se han ocupado los filósofos profesionales. Esto concierne así mismo al séptimo arte.

El semblante bioético global en la obra de Tolkien

De lo ya dicho en el aparte dedicado a la dimensión ética de la obra de este escritor británico desde la simbología del anillo, ha aflorado el semblante bioético global asociado a dicha obra. Lo explorado a continuación desde su biografía no ha hecho sino reforzar tal percepción. En una palabra, es obvio que Tolkien no veía con buenos ojos a la sociedad industrial y el desmandamiento de la tecnociencia. Y con justa razón. Tal y como recalca Abraham Alonso, la mitología pergeñada en la obra de John Ronald Reuen es una denuncia formidable de la fragmentación social y del daño ecológico acarreado por la industrialización a ultranza en contubernio con el deseo de unos cuantos poderosos de querer obtener el máximo provecho posible en la mayor brevedad¹⁵.

Por su vasto alcance, la obra de Tolkien cubre aspectos tanto de la bioética clínica como de la global. Ahora bien, a propósito de la dimensión global, sería imperdonable pasar por alto lo decantado por Stratford Caldecott al respecto¹⁶. De manera concreta, este investigador de Oxford destaca que Tolkien creó un mito para el mundo moderno, si bien su intención original fue hacerlo sólo para Inglaterra. Propiamente, Caldecott se refiere a algo que nuestra civilización casi había perdido, a saber: un sentido de respeto por la trama de la vida a la cual pertenecemos. Además, nuestro escritor exploró dos tipos distintos de tecnología, dos comprensiones diferentes de la ciencia, por la vía del contraste en su narración entre los Elfos y sus enemigos. Mientras la meta de aquellos es el arte, éstos, los orcos y sus asociados, persiguen la dominación y reforma de la naturaleza. En esto, podemos ver la crítica contundente al programa baconiano. Así, en los Elfos, la ciencia no está separada del arte, como lo está en nuestra época. Es más, para los Elfos, es una forma del arte. Los artilugios concebidos por ellos son benignos al trabajar en armonía con natura.

Amén de lo anterior, Caldecott insiste en que Aragorn, quien, al final de la tercera parte de la trilogía, llega a ser el rey Elessar de Gondor, ilustra lo que Tolkien entendía por la verdadera autoridad, esto es, el gobernante que primero logra gobernarse a sí mismo es también capaz de representar genuinamente a su pueblo. De hecho, Aragorn no es un hombre aislado y solitario, sino un hombre amado y apoyado por otros. Y la virtud lo acompaña, puesto que el futuro rey Elessar triunfa sobre la tentación del poder maligno del Anillo Único. De ahí que, en la obra, aparezca un refrán propio de la gente de Gondor: “Las manos del Rey son manos que curan”. En lo precedente, podemos apreciar justamente un punto de vista analizado con detenimiento muchos años después por Hans Jonas en su obra *El principio de responsabilidad* a propósito de los gobernantes.

La crítica al maquinismo es harto patente en *El Señor de los Anillos*. Si reparamos con atención, la infraestructura puesta a funcionar por Saruman en Isengard con el fin de formar un ejército para unirse a las fuerzas de Mordor para desplegar sus planes de aniquilación del mundo de los hombres es una infraestructura típica de industria, es decir, la producción en serie. La devoción a la máquina salta a la vista por doquiera, puesto que la rueda hidráulica y las fundiciones tienen una presencia muy visible en el complejo industrial de Isengard, cuya energía para mover las ruedas de marras la proporciona un embalse hecho en el río Isen. Es más, el mismo Saruman tiene un eslogan que resume su hórrido punto de vista al respecto: “El mundo antiguo arderá en

¹⁵ Alonso, op. cit.

¹⁶ Caldecott, op. cit.

los fuegos de la industria”. De facto, no se limita a decirlo, sino que lo pone en práctica, de lo cual la desolación y la destrucción atroz del entorno de la Torre de Orthanc y sus instalaciones anexas así lo demuestran. En suma, una tiranía industrializada. Así mismo, la actividad industrial de Mordor ha sido de tal magnitud que ha ocasionado un cambio climático significativo en las comarcas vecinas.

Pero, no acaban aquí estos contrastes. Si detallamos mejor los artilugios técnicos, salta a la vista un rasgo interesante en extremo. A guisa de ejemplo, reparemos en las armas: el equipo bélico de los Uruk-hai se distingue por las líneas rectas propias de la simplicidad del diseño industrial, puesto que con simples planchas de hierro es factible construir con celeridad un equipo eficiente y funcional¹⁷. Eso sí, lo anterior se logra a expensas de la inevitable fealdad del armamento y demás artilugios técnicos de Mordor y Isengard. Para muestra un botón, esto se aprecia en sus escudos y espadas. En el caso de éstas, su falta de estética es harto patente dado su aspecto de bracamarte brutal cual cuchilla de carnicero con una punta detrás de la hoja para enganchar y apuñalar. En el extremo opuesto, tenemos la tecnología élfica. En esencia, para los Elfos nada era tan hermoso como las formas de la naturaleza. Su fuente de inspiración estaba en el amor por los árboles, las plantas y las flores, cuya belleza estaba reflejada en el diseño de todas sus obras, desde las telas y el mobiliario hasta la arquitectura, las armas y las armaduras¹⁸.

Ahora bien, me he detenido en estos detalles habida cuenta que la historia de la tecnología contiene la polémica inherente a si la estética es antinómica o no frente a los artilugios técnicos. Para más exactitud, la tendencia generalizada a la fabricación de artículos tecnológicos de forma eficiente y sin mayor engaste en lo estético comenzó a fines del siglo XVIII, como parte de la fase de la revolución industrial en curso a la sazón. Propiamente, hubo un cambio en la Rubia Albión hacia el combustible fósil en el siglo XVII, que, luego de 1780, llevó a la explotación agresiva de las reservas mundiales de mineral de hierro¹⁹. Al parecer, el carbón se usó como combustible para muchas finalidades industriales en China, en la era Sung, en los siglos X y XI. Empero, China no consolidó una revolución industrial. En cambio, Inglaterra, que estaba retrasada respecto del resto de Europa en muchos sectores económicos durante la Baja Edad Media, aventajaba a los demás países europeos en producción agrícola e industrial per capita hacia 1700. Sin embargo, esto tuvo su costo, pues, desde el punto de vista bioético, conforme el carbón se difundió desde Inglaterra al resto de Europa, hacia fines del siglo XVIII, y de allí en adelante, menguó la preocupación por la belleza en las manufacturas y por el ambiente, situación que reflejó bien Friedrich Hölderlin en su poesía. En general, la explotación de los recursos de la Tierra ha violado a menudo los límites del buen gusto, por lo que, como señala John U. Nef, la mayor esperanza para la explotación fructosa de los recursos de combustibles acaso resida en la renovación y amplificación de las normas de belleza. Después de todo, como destaca con tino el actual director del Museo de la Ciencia de Barcelona, Jorge Wagensberg Lubinski, la ética es la estética del comportamiento.

¹⁷ Smith, Chris. (2003). *El Señor de los Anillos: Armas y batallas*. Barcelona: Minotauro.

¹⁸ *Ibíd.*

¹⁹ Nef, John U. (1978). *Consecuencias de una anterior crisis energética*. *En: Investigación y Ciencia*. Nº 16.

La crítica de John Ronald Reuen en relación con la sociedad industrial no está limitada a la producción en masa de artilugios técnicos inestéticos y malignos con frecuencia. Así mismo, nos topamos con una visión crítica de la moderna ingeniería genética y de la pretensión de lograr el soldado ideal cual máquina de combate. De manera concreta, aparece en la descripción hecha en su trilogía de las técnicas aplicadas por Saruman para la obtención de sus Uruk-hai, especie de orcos de pura sangre creados originalmente por Sauron, cruzando orcos con trasgos, a fin de usarlos como soldados contra los pueblos libres de la Tierra Media²⁰. Por lo que parece, Saruman fue un paso más allá al cruzar orcos con humanos en los “pozos de nacimiento” que tenía para el efecto en las profundidades de Isengard. En fin, en la óptica de Tolkien, las técnicas de obtención de Uruk-hai puestas en juego por Saruman caen en la categoría de malas artes.

De esta suerte, Tolkien compuso una obra que mantiene su frescura y vigencia, su mensaje permanece incólume y enhiesto. De nuestro tiempo inmediato, resaltemos aquí estas palabras de Umberto Eco²¹:

Creemos estar viviendo en la época que Isaiah Berlin, identificándola en sus albores, llamó *The Age of Reason*. Acabadas las tinieblas medievales, iniciado el pensamiento crítico del Renacimiento y el propio pensamiento científico, se considera que hoy vivimos en una época dominada por la ciencia.

A decir verdad, esta visión de un predominio ya absoluto de la mentalidad científica, que se anunciaba ingenuamente en el *Himno a Satanás* de Carducci y, más críticamente, en el *Manifiesto del Partido Comunista* de 1848, la defienden más los reaccionarios, los espiritualistas, los *laudatores temporis acti* que los científicos. Son aquellos, y no estos, los que ofrecen descripciones casi de ciencia ficción de un mundo que, tras haber olvidado otros valores, se basa sólo en la confianza en las verdades de la ciencia y en el poder de la tecnología.

Estas palabras de Eco bien podría haberlas dicho Tolkien en sus días. Sin embargo, el sentido de lo dicho por Eco es afín con la crítica volcada por Tolkien en sus libros en relación con el desmandamiento de la tecnociencia. Su vigencia persiste. Y este hecho es lo que hace de la obra de John Ronald Reuen un recurso que vale un Potosí para fines altamente educativos en lo concerniente a la formación de la conciencia ética y bioética. De esto, nos daremos cuenta todavía más si nos detenemos ahora en la famosa conferencia Andrew Lang de 1938, dada por Tolkien, cuyo título es *Sobre los cuentos de hadas*.

Sobre los cuentos de hadas

Ésta es una conferencia muy bella dada por Tolkien aquel año de 1938. Suelen citarla con frecuencia los investigadores de la vida y obra del escritor británico, pero, mucho

²⁰ Smith, op. cit.

²¹ Eco, Umberto. (2007). *Ciencia, tecnología y magia*. En: _____. *A paso de cangrejo: Artículos, reflexiones y decepciones, 2000-2006*. Bogotá: Random House Mondadori.

me temo, no enfatizan debidamente la dimensión educativa de la buena literatura fantástica defendida allí por Tolkien. Por supuesto, sería una necedad si nos limitásemos a hablar de dicha conferencia a partir de los comentarios de otros, salvo si no dispusiéramos del texto respectivo. No obstante, está disponible en la Red, por lo que privilegiaremos en este aparte la fuente primaria propiamente dicha²². Bien harán los lectores en darse el gusto de leer este texto tan fascinante.

Nomás empezar su conferencia, Tolkien advierte a su auditorio acerca de lo arriesgado y delicado que es el abordaje de los cuentos de hadas. En esto, subyace la crítica a las ligerezas de muchos a la hora de juzgar tal literatura, lo que ha dado lugar, a lo largo de los años, a una miríada de memeces. En lo metodológico, nuestro escritor se propuso darle respuesta a estos tres interrogantes: ¿Qué son los cuentos de hadas? ¿Cuál es su origen? ¿Para qué sirven?

Al precisar qué son tales cuentos, Tolkien es muy claro:

... porque los cuentos de hadas no son, en el uso diario de la lengua, relatos sobre hadas o elfos, sino relatos sobre el País de las Hadas, es decir, sobre Fantasía, la región o el reino en el que las hadas tienen su existencia. Fantasía cuenta con muchas más cosas que elfos y hadas, con más incluso que enanos, brujas, gnomos, gigantes o dragones: cuenta con mares, con el Sol, la Luna y el cielo; con la tierra y todo cuanto ella contiene: árboles y pájaros, agua y piedra, vino y pan, y nosotros mismos, los hombres mortales, cuando quedamos hechizados.

[...]. Por ahora, sólo diré que un “cuento de hadas” es aquel que alude o hace uso de Fantasía, cualquiera que sea su finalidad primera: la sátira, la aventura, la enseñanza moral, la ilusión.

Además de esto, el escritor de la Rubia Albión insiste en el carácter de subcreador atinado del inventor de cuentos de hadas, esto es, construye el mundo secundario en el cual nuestra mente puede entrar. Dentro de él, en consonancia con las leyes de ese mundo, lo que se relata es “verdad”. A esta condición de la mente, Tolkien la denominó “suspensión voluntaria de la incredulidad”.

Casi a la mitad de su presentación, Tolkien aborda estas cuestiones provocativas: ¿Cuáles, si alguno hay, son hoy los valores y las funciones de los cuentos de hadas? ¿Hay algún nexo esencial entre los niños y los cuentos de hadas? ¿Hay algún comentario que hacer, en caso de que un adulto llegue a leerlos? En su respuesta, harto contundente, Tolkien demuestra que no hay una relación exclusiva entre los cuentos de hadas y las mentes infantiles, que esto implica un prejuicio harto plagado de errores. Pero, permitamos que sea el propio Tolkien quien nos lo diga:

De hecho, la asociación de niños y cuentos de hadas es un accidente de nuestra historia doméstica. En nuestro mundo moderno e ilustrado, los cuentos de hadas han sido relegados al «cuarto de los niños», de la misma forma que un mueble destartalado y pasado de moda queda relegado al cuarto de los niños, en razón sobre todo de que los adultos ya no lo quieren

²² Tolkien, John Ronald Reuen. (1938). *Sobre los cuentos de hadas*. En: <http://www.clubdelibros.com/ninoshadas.htm>.

ni les importa que lo maltraten. No es la preferencia de los niños lo que decide una cosa así. Como grupo o clase -y lo único que así los conjunta es la falta común de experiencia-, a los niños no les agradan los cuentos de hadas más que a los adultos, ni los entienden mejor que ellos; no más ni mejor de lo que les gustan otras muchas cosas. Son jóvenes y están creciendo, y, por regla general, tienen buen apetito, así que también, por regla general, los cuentos de hadas bajan bastante bien a sus estómagos. Pero, lo cierto es que sólo algunos niños y algunos adultos sienten por ellos una afición especial; y cuando la sienten, no es una afición exclusiva, ni siquiera necesariamente dominante. Es también una afición, así lo estimo, que no suele aparecer muy temprano en la niñez, a menos que medie un estímulo artificial; y si es innata, no decrece ciertamente con la edad, sino que aumenta. Es cierto que en tiempos recientes los cuentos de hadas han sido casi siempre escritos o «adaptados» para niños. Pero, otro tanto puede ocurrir con la música, los versos, las novelas, la historia o los manuales científicos. Es un procedimiento peligroso, aun cuando resulte necesario. Y sólo se salva del desastre por el hecho de que las artes y las ciencias no están en su conjunto relegadas a la enseñanza primaria; en la enseñanza primaria y secundaria sólo se imparten las aficiones y los reflejos del mundo adulto que a los adultos (a menudo muy equivocados) les parecen adecuados para los niños. Si cualquiera de estas cosas quedara por completo relegada a la primera enseñanza, terminaría gravemente dañada. Como terminaría estropeada y rota una hermosa mesa, un buen cuadro o una máquina útil (un microscopio, por ejemplo) si permaneciesen mucho tiempo desatendidos en un aula. Desterrados así los cuentos de hadas, desgajados del conjunto del arte adulto, acabarían por quedar destruidos; y, de hecho, han quedado destruidos en la medida en que así se los ha desterrado.

Páginas más adelante, vuelve a insistir Tolkien sobre este punto: “Si algún interés tiene la lectura de los cuentos de hadas como género específico es que merece la pena escribirlos por y para los adultos. Pondrán en ellos, sin duda, y de ellos extraerán más de lo que los niños puedan poner y obtener”. Esto, recordemos, lo dijo en 1938, cuando apenas iniciaba el largo proceso de escritura de su obra magna. Una vez concluida, demostró con la misma que llevó a la práctica las tesis planteadas en su célebre conferencia. Al fin y al cabo, *El Señor de los Anillos* es un soberbio cuento de hadas para adultos. Incluso, sorprende hoy día la escasa percepción de esto, transcurridas varias décadas desde la publicación de la trilogía.

Ya avanzada su conferencia, Tolkien ha tenido el acierto de decir que la fantasía es una actividad connatural al ser humano, no antagónica frente a la razón. Esto es clave, puesto que deja claro que la fantasía no se contrapone a la ciencia, es solidaria con la imaginación científica. De facto, sin ciencia, la fantasía perecería y se trocaría en engaño enfermizo. En fin, como señala Tolkien, la fantasía sigue siendo un derecho humano.

Otra memez que ha sido típica en relación con los cuentos de hadas es la atinente a lo que suele percibirse en un sentido peyorativo como su índole escapista. Al respecto, Tolkien se detiene con calma para dejar las cosas bien en claro. Pese a su extensión, merece la pena reproducir aquí un fragmento bastante significativo de la conferencia

que aquí nos ocupa, máxime por su nexo patente con su visión crítica de la sociedad industrial, aniquiladora de la vida como la que más y enemiga del humanismo:

Es evidente que nos enfrentamos a un uso erróneo de las palabras y, al mismo tiempo, a una confusión de ideas. ¿Por qué ha de despreciarse a la persona que, estando en prisión, intenta fugarse y regresar a casa? Y, en caso de no lograrlo, ¿por qué ha de despreciársela si piensa y habla de otros temas que no sean carceleros y rejas? El mundo exterior no ha dejado de ser real porque el prisionero no pueda verlo. Los críticos han elegido una palabra inapropiada cuando utilizan el término Evasión en la forma en que lo hacen; y, lo que es peor, están confundiendo, y no siempre con buena voluntad, la Evasión del prisionero con la huida del desertor. De la misma manera, un Portavoz del Partido habría calificado de traidor al que tan sólo criticara o al que escapara de las penalidades del Reich del Führer o de cualquier otro Reich. De igual forma, para hacer la confusión aún mayor y dejar en ridículo a sus oponentes, estos críticos aplican la etiqueta de su desprecio no sólo a la auténtica Evasión, sino a la Deserción y a sus frecuentes camaradas: el Hastío, la Angustia, la Reprobación y la Rebelión. No sólo confunden la fuga del prisionero con la huida del desertor; da la impresión de que prefieren la aquiescencia del colaboracionista a la resistencia del patriota. Si así se piensa, basta decir «la tierra que amamos está condenada» para excusar cualquier traición; más aún, para glorificarla.

Voy a poner un sencillo ejemplo: Evasión es, según ellos, no mencionar en un cuento, o mejor, no detenerse morosamente en las farolas callejeras, todas fabricadas en serie. Pero, eso puede deberse -y casi seguro que es así- a la aversión que produce un objeto tan típico de la Era del Robot, que aúna la complicación y la ingeniosidad de medios con la fealdad; y (a menudo) con muy pobres resultados. Puede desterrarse estas farolas de los cuentos simplemente porque son malas farolas; y quizás una de las lecciones que de ellos se hayan de extraer sea la toma de conciencia de este hecho. Pero, entonces llega el varapalo: «Las farolas son algo definitivo», dicen. Hace ya tiempo, Chesterton comentó, y con toda la razón, que en cuanto oía decir de una cosa que era «definitiva» tenía la seguridad de que al poco tiempo sería sustituida y considerada con miseria como obsoleta y periclitada. He aquí un anuncio: «El avance de la Ciencia, su ritmo, acelerado por los imperativos de la guerra, es inexorable... convierte en caducas algunas cosas y presagia nuevos avances en el uso de la electricidad». Dice lo mismo, sólo que de forma más amenazadora. Se puede, naturalmente, no tener en cuenta una farola por ser insignificante y perecedera. Los cuentos de hadas, en cualquier caso, tienen cosas mucho más permanentes e importantes de las que ocuparse. El relámpago, por ejemplo. El evasor no está tan sujeto a los caprichos de una moda pasajera como sus oponentes. No convierte las cosas (que, con cierta lógica, pueden tenerse por malas) en amos o dioses a los que adorar por inevitables, o incluso por «inexorables». Y sus oponentes, tan dados al menosprecio, no están seguros de que vaya a detenerse ahí: podría enardecer a la gente para que derribase las farolas. La Evasión tiene otra cara, más maligna aún: la Reacción. Aunque parezca increíble, no hace mucho tiempo que le oí comentar a un médico interno de Oxford que a él le «satisfacía» la proximidad de las fábricas de producción en serie y el estruendo del tráfico rodado en continuo embotellamiento porque ponía a la Universidad «en contacto con la vida real». Quizá quería indicar que el

modo en que el hombre del siglo XX vive y trabaja aumenta en brutalidad a pasos alarmantes, y que la ruidosa prueba de ello en las calles de Oxford ha de servir de aviso de la imposibilidad de conservar durante mucho tiempo con unas simples vallas y sin una auténtica reacción ofensiva (práctica e intelectual) un oasis de cordura en un desierto de irracionalidad. Pero, mucho me temo que no se refería a esto. En cualquier caso, la expresión «vida real» parece quedar en este contexto bastante lejos de sus usos académicos. Es sorprendente la idea de que los coches están más «vivos» que, digamos, los centauros o los dragones; que sean más «reales», pongamos por caso, que los caballos es algo patéticamente absurdo. ¡Qué real, qué sorprendentemente viva es la chimenea de una fábrica comparada con un olmo, ese pobre objeto caduco, sueño banal de un visionario!

A mí en particular me resulta inconcebible que el techo de la estación de Betchley sea más «real» que las nubes. Y, como artefacto, lo encuentro menos inspirador que la legendaria cúpula del firmamento. La pasarela que lleva al andén 4 despierta en mí menos interés que Bifröst ['arco iris'], guardado por Heimdall con su Gjallarhorn. No puedo apartar de lo que aún queda de indómito en mi corazón el interrogante de si los ingenieros del ferrocarril, de haber sido educados con un poco más de fantasía, no habrían sido capaces de mejores logros con los abundantes medios que, por lo general, poseen. Imagino que los cuentos de hadas serían mejores humanistas que el universitario a que antes he aludido.

Joseph Pearce aclara un poco más la mala comprensión de que es objeto el sentido del escapismo en la obra de Tolkien²³. Si comparamos con ciertas obras de la ciencia ficción, como *Star Trek*, esto salta más a la vista. En el caso de ésta, por más que esté basada en una realidad científica, ofrece una huida de nosotros mismos y un distanciamiento de nosotros con respecto al mundo real. He aquí justo el sentido de la huida que Tolkien asocia a la huida del desertor. En contraste, *El Señor de los Anillos* es una huida hacia nosotros mismos, la búsqueda para redescubrir la esencia del propio ser entre las distracciones de la vida. En este caso, tenemos el sentido de la huida que Tolkien liga con el prisionero que trata de escapar a fin de regresar al hogar. En suma, como destaca Pearce, *Star Trek* expresa el deseo de abandonar el hogar y explorar el universo, mientras que la obra magna de nuestro escritor muestra el deseo de hallar el hogar y descubrir lo universal. Esto es lo que, en esencia, ha olvidado la civilización industrial sin ir más lejos.

De hecho, hay más fragmentos significativos que merecería la pena reproducir en estas páginas, pero baste con los antes seleccionados para nuestras necesidades. En cualquier caso, salta a la vista la vigencia de lo dicho por John Ronald Reuen en 1938. En fin, si hacemos una síntesis de lo que cabe estimar relevante de la conferencia de marras, podemos expresarla en las siguientes afirmaciones: (1) Los cuentos de hadas son obras que no están restringidas a un auditorio infantil; (2) la fantasía está en armonía con la razón y la creatividad científica; (3) el escapismo, o evasión, asociado con los cuentos de hadas significa aspiración a un nivel de realidad superior al que nos rodea; y (4) los cuentos de hadas se prestan para la formación humanista digna de tal denominación. De estas afirmaciones, podemos colegir que una obra como la de

²³ Pearce, op. cit.

Tolkien constituye *per se* un Silmaril pedagógico para fines de formación de la conciencia ética y bioética. Si se trata del caso especial de *El Señor de los Anillos*, por su índole de cuento de hadas para adultos, no es menester dar muchos rodeos a fin de inferir su utilidad para la formación de científicos, ingenieros y médicos.

Precisiones pedagógicas para el buen uso de la mitopoeia

Stricto sensu, la literatura fantástica tiene antecedentes de su uso para fines educativos. Por ejemplo, la profesora Mónica Patricia Medina presentó una experiencia de aula basada en el uso de tal literatura con estudiantes de grado sexto, en el Primer congreso internacional de docentes de lenguaje y literatura, llevado a cabo en Bogotá en noviembre de 2005. Su título: *Atravesando los “bosques narrativos” de Tolkien*. Ella sostiene que la literatura debe ser una fuente de placer, de información y de aprendizaje al posibilitar que se aborde la lengua desde la estética. En lo paradigmático, Mónica Patricia se apuntala en la enseñanza para la comprensión. Desde luego, no deja ser curioso el hecho que ella plantee el abordaje de la obra de Tolkien desde tan temprana edad, máxime que la obra magna de éste está concebida para lectores adultos. Ahora bien, si ella propone a Tolkien para un público tan juvenil, con mayor razón debemos rescatarlo para la docencia universitaria.

Con todo, no han faltado los gritos de alarma acerca de un pretendido peligro subyacente en los relatos de este género. En general, no cuesta trabajo darse cuenta de que los alarmistas de marras son personas ignorantes como las que más. Pero, por fortuna, de forma muy tajante, Umberto Eco ha puesto las cosas en su lugar al respecto. Veamos.

En diciembre de 2001, Eco publicó un artículo sobre Harry Potter en un momento en el cual estaba candente la discusión sobre si era o no poco educativo explicar a los niños historias de magia que podrían inducirles a tomar en serio muchos desvaríos ocultistas. En cuanto a esto, Eco rompió una lanza a favor de Harry Potter alegando que estas historias tienen éxito porque a los niños siempre les han encantado las hadas, los enanos, los dragones y los nigromantes. Además, como bien dice Eco, ninguna persona sensata ha pensado jamás que Blancanieves fuese el producto de un complot demoníaco. Es más, a despecho de la aparición, en *Harry Potter*, de encantamientos estremecedores y animales horribles, Harry y sus amigos vienen a ser como unos *boy scouts* que luchan por buenas causas y hacen caso de educadores virtuosos. En el fondo de tan singular debate, el problema detectado por Eco es otro más delicado²⁴:

El verdadero problema no es el de los niños, que nacen confiando en el gato y la zorra, pero luego aprenden a recelar de otros liantes bastante menos fantásticos; el problema preocupante es el de los mayores, tal vez de aquellos que, de niños, no leían historias de magia, a quienes los programas de televisión inducen a menudo a consultar a los intérpretes de los posos del café, a los embaucadores del tarot, a los celebrantes de misas negras, a los

²⁴ Eco, Umberto. (2007). *El que ya no cree en Dios cree en todo*. En: _____. *A paso de cangrejo: Artículos, reflexiones y decepciones, 2000-2006*. Bogotá: Random House Mondadori.

adivinos, a los sanadores, a los manipuladores de mesitas, a los prestidigitadores del ectoplasma, a los reveladores del misterio de Tutankamón. Luego ocurre que, a fuerza de creer en los magos, vuelven a dar crédito a los gatos y a las zorras.

En fin, si leemos con cuidado los libros de la serie de *Harry Potter* o, lo que da igual para el caso, si vemos con atención las versiones cinematográficas respectivas, no tardaremos en descubrir que personajes como Harry Potter, Albus Dumbledore, Minerva McGonagall y Rubeus Hagrid, entre otros por el estilo, son figuras de una elevada estatura ética. Llamémoslas las fuerzas de la luz, en las que la ética que practican se enmarca en una ética de máximos.

En *Harry Potter y el cáliz de fuego* hay una serie de pruebas por las que Harry debe pasar, junto con Cedric Diggory, con motivo del Torneo de los tres magos. De por sí, el cáliz de fuego de tal relato conlleva el significado mágico y sacro del Santo Grial, por lo que Harry y Cedric se asimilarían a las leyendas del Rey Arturo y la Mesa Redonda. Significa esto que Harry y Cedric son seres con una elevada pureza de alma, toda una virtud caballeresca. Como el cáliz de fuego, el Santo Grial podía percibir si un caballero era o no honrado²⁵. En esta óptica, la fuerte carga ética concomitante salta a la vista en forma inmediata. En concreto, en las diversas pruebas del Torneo de los tres magos, Harry ha de afrontar con frecuencia momentos cruciales de típico discernimiento ético, siendo los más dramáticos los de la tercera prueba, la del laberinto. También, en los otros libros, Harry afronta con frecuencia momentos de discernimiento ético en los que refleja crecimiento en lo humano.

Existe otro aspecto llamativo en *Harry Potter* desde el punto de vista de la ética. Propiamente, como señala Colbert²⁶, se trata del hecho que Hogwarts, el colegio de magia en el que estudia Harry, admite en su seno a los Slytherins, no los discrimina ni excluye pese a su maldad intrínseca. En el contexto del relato, Hogwarts presenta un universo muy familiar al compararlo con los colegios británicos de prestigio, por ejemplo, Dragon School y Eton. Por el estilo, Hogwarts está organizado por casas. Una de ellas es la de Slytherin, a la que pertenece Draco Malfoy, hijo de Lucius, tan perversos ambos como lo designan sus nombres. Por su parte, Harry pertenece a la Casa Gryffindor. Ahora, ¿por qué se permite que los Slytherins compartan dicho colegio con seres que les son antagónicos desde el punto de vista moral como los éticos y virtuosos Gryffindors? La razón estriba en la concepción que tiene Albus Dumbledore, director del Colegio, quien lo ha convertido, por encima de todo, en un lugar en el que reina la justicia. Entre los muros de Hogwarts, la dirección de Dumbledore ha creado un ideal de lo más atrayente, esto es, el mal no debe apartarse con temor, ni tampoco afrontarse solamente a punta de fuerza y valor. En suma, es menester hacerle frente con compasión. En otras palabras, Dumbledore ha demostrado tener una gran fe en que los magos caídos puedan redimirse. En esto, captamos con facilidad algo muy propio de la ética cristiana sin ir más lejos, la propensión del ser humano hacia el bien.

¿Qué hace de Harry Potter un paradigma del conocimiento manejado con responsabilidad? A mi juicio, la respuesta se resume en las cualidades personales de

²⁵ Colbert, David. (2005). *Los mundos mágicos de Harry Potter: Mitos, leyendas y datos fascinantes*. Barcelona: Ediciones B.

²⁶ *Ibíd.*

Harry, esto es, determinación, inventiva, responsabilidad y un cierto desdén por las reglas. Así las cosas, Harry Potter nos sugiere una perspectiva ética que debe ir mucho más allá de los marcos estrechos, estériles y rígidos del deontologismo, una perspectiva ética de máximos, por cierto, de lo más acorde con lo que el erudito Joseph Campbell denomina como “el héroe de las mil caras”, un personaje común con un papel central en las culturas de todo el planeta, desde el mítico Ulises hasta el Luke Skywalker de *Star Wars* y el Frodo de *El Señor de los Anillos*²⁷. El común denominador de estas historias adopta la forma siguiente según nos advierte Campbell: Un héroe abandona el mundo de lo cotidiano a fin de aventurarse en una región de prodigios más allá de lo natural. Allí se enfrenta a fuerzas inesperadas y obtiene una victoria decisiva. Por fin, el héroe regresa de esta misteriosa aventura con el poder de beneficiar a su prójimo. Por su parte, el papel del héroe en la formación de la conciencia ética está consignado en la pluma de Thomas Carlyle en su texto clásico *Los héroes: El culto de los héroes y lo heroico en la historia*, texto que recomendaba con énfasis y cariño, entre otros textos meritorios, el inolvidable don Santiago Felipe Ramón y Cajal en cuanto a la educación de las vocaciones científicas en la desastrada España regeneracionista²⁸.

Por otro lado, la literatura fantástica, al igual que la de ciencia ficción, ha servido de soporte para los juegos de rol. A propósito del auge de éstos, no ha faltado la preocupación entre padres y educadores en cuanto a que produzcan una adicción nociva. Al respecto, Juan Guillermo Estrada, propietario de un local de juegos de rol en el sector medellinense de El Poblado, además de docente universitario, considera que tales juegos no son adictivos²⁹. En su forma de ver, el juego es inocuo a la violencia, es decir, es un juego y sus efectos dependen del uso que el usuario haga de él. Más bien, estima el profesor Estrada que habría que pensar en las razones por las cuales se ensimisman los que juegan rol en línea. En palabras de Estrada: “Considero que cuando la tecnología nos integra es plausible. Pero, cuando nos aísla, debemos preguntarnos por qué ocurre esto, qué necesidad tenemos de aislarnos. Ahí hay que verificar caso por caso”.

¿Estamos ante un peligroso galope de la fantasía en lo tocante a estos juegos? ¿Producen tales juegos en quienes los practican un desajuste en sociedad? Sobre esto, Sandra Patricia Ordóñez Castro no alberga temores³⁰. A su juicio, lejos de tener implicaciones antisociales, los juegos en cuestión constituyen un divertimento inteligente que, en tanto punto de partida, requiere de un nivel elevado de atención, focalización, pensamiento abstracto e imaginación anticipatoria, y que, conforme transcurre, desarrolla un buen número de habilidades sociales e intelectuales. Entre éstas, conviene destacar el desarrollo de la creatividad y del talento histriónico, junto con el de la capacidad de comunicación, proyección y verbalización de ideas y emociones. Todavía hay más: en el proceso de construcción del personaje y conforme éste evoluciona, el jugador se ve en la necesidad frecuente de cubrir vastos acápites documentales en un diapasón variopinto de áreas del conocimiento. Ejemplo de esto, el

²⁷ *Ibíd.*

²⁸ Ramón y Cajal, Santiago. (1963). *Los tónicos de la voluntad: Reglas y consejos sobre investigación científica*. Madrid: Espasa Calpe.

²⁹ Amariles Mejía, Henry. (2005). *Ciudad de gamers, ciudad de sueños*. *En: El Colombiano: Generación*, 30 de octubre.

³⁰ Ordóñez Castro, Sandra Patricia. (2004). *Juegos de rol*. *En: Magisterio: Educación y pedagogía*, N° 6.

jugador estaría en calzas prietas si quisiese asumir el rol, digamos, de Napoleón sin relacionarse con ciertos principios de estrategia militar. Por lo demás, al ser un juego de colaboración y no de competencia, el rol demanda el desarrollo progresivo de habilidades de liderazgo, negociación, improvisación y toma de decisiones, y urge a menudo al jugador a ponerse en el lugar de otro y a valorar las diferencias intersubjetivas en tanto ventajas. Desde el punto de vista psicológico, se ha demostrado que estos juegos no sólo no producen desviación alguna de la personalidad media, sino que, al permitir al jugador la realización de sus sueños, fantasías y modelos ideales del yo, se tornan en una oportunidad catártica y estimulante que amplía y cualifica el depósito de recursos intelectuales y afectivos con los que el ser humano afronta la realidad.

Tras las precisiones previas, crece la sorpresa por la circunstancia del poco caso hecho en nuestras instituciones educativas de este género de obras para la formación de la conciencia ética y bioética. En el caso especial de Tolkien, la sorpresa es todavía mayor habida cuenta que, como destaca Daniel Grotta, *El Señor de los Anillos* bien podría ser la única obra que sobreviva a nuestra época, puesto que pocos textos se siguen leyendo en forma amplia como obras vivas en vez de anacronismos raros o libros de lectura obligada en la escuela. En fin, acaso, si la humanidad sobrevive a su adolescencia tecnológica actual, nuestros lejanos descendientes podrían recordar el siglo XX no como el tiempo en el cual proliferaron las guerras, las armas nucleares y biológicas, amén de las convulsiones sociales, sino como el siglo en el que se creó la Tierra Media³¹.

Muestrario representativo de los efectos pedagógicos de la mitopoeia

Por todas las razones expuestas hasta aquí, ha quedado establecida la pertinencia de la obra de Tolkien, y de otras por el estilo, para fines de educación bioética universitaria. En concreto, he puesto esto en práctica en el seno de los cursos de fundamentos de biotecnología dados a los estudiantes de ingeniería de la Facultad de Minas de la Universidad Nacional de Colombia, Sede Medellín. Por lo general, son estudiantes de semestres avanzados. Como parte de su formación, reciben unas cuantas clases de bioética, entre 2 y 5 según la programación de cada semestre, estando la media en 3. Dadas las circunstancias del poco tiempo disponible para hablarles de un tema tan vasto y complejo, les aclaro de entrada a los estudiantes en cuestión que esas pocas sesiones constituyen per se una introducción a la bioética global. En cuanto al ejercicio central que desarrollan, llevan a cabo la elaboración de un ensayo de pocas páginas basado en la lectura y el análisis de una obra de ciencia ficción o de mitopoeia. En el caso de este último género, dos suelen ser las obras destacadas: *El Señor de los Anillos* y *Harry Potter*. Las más de las veces, los estudiantes se decantan por la ciencia ficción. Pero, no han faltado los ensayos pergeñados con base en la mitopoeia. Por lo demás, quien guste de ahondar más acerca de la lectura de *Harry Potter* en clave ética, bien hará en acudir a un artículo de Michael Josephson, presidente y fundador del Josephson Institute of Ethics, cuyas primeras líneas son éstas³²:

³¹ Grotta, op. cit.

³² Josephson, Michael. (). *Lessons about character, ethics and values embodied in Harry Potter and The Order of the Phoenix*. En: http://charactercounts.org/pdf/HarryPotter-guide_by-Michael-Josephson-0703.pdf.

There's a lot to learn about character, ethics and values from stories like *Harry Potter and the Order of the Phoenix* but, like real life experiences, the lessons are best learned when we take some time to reflect and discuss the events and choices that shape and reveal values and character.

Sin más ambages, pasemos ahora a la presentación de lo esencial de algunos ensayos hechos por estudiantes al respecto. Me referiré a tres. Veamos.

Caso 1: Se trata de un trabajo hecho por Edinson Palacios Mosquera con base en *Harry Potter*, de la escritora británica Joanne Kathleen Rowling, en el que destacan los siguientes motivos principales: (1) la figura del héroe, encarnado por Harry; (2) la muerte; y (3) el problema del poder. Todo precedido por una introducción corta dedicada a ciertas generalidades de la bioética con una mención de la obra de Hans Jonas. De los tres motivos antedichos, la mayor atención está dedicada a la muerte, bastante llamativo por ser su autor una persona bastante joven. Además, en cierto momento, alude a lo que él considera lo nefasto del carácter evasivo de esta literatura, con lo que ha incurrido así en la confusión descrita con lucidez por Tolkien en su famosa conferencia de 1938.

Ampliemos lo anterior con un par de fragmentos textuales:

1. “Más tarde, a Harry le queda claro que se ha de aceptar la muerte y que “hay cosas en el mundo que son mucho peores que morir”. Y, más adelante, recibe otro consejo en esa dirección: “No tengas compasión de los muertos, Harry, ten compasión de los vivos y, sobre todo, de los que viven sin amor”.
2. “Se puede apuntar también que, seguramente, adquirirá relevancia la discusión acerca de la figura de Dumbledore. Se cuentan con detalle sus errores de juventud y sus coqueteos con el deseo de poder, un eco del tema central de *El Señor de los Anillos*, y se revelan los aspectos de su conducta que no quedaron claros en anteriores relatos. Sin embargo, habrá quienes piensen que sus tácticas son más que discutibles, tanto en sus planteamientos educativos como en sus decisiones de combate contra sus enemigos”.

He corregido la puntuación cuando ha hecho falta, respetando el sentido.

Caso 2: Esta vez, el ensayo es de la pluma de Jaime Andrés García Velásquez, basado en *Harry Potter y el cáliz de fuego*. Como en el caso anterior, inicia con un panorama general de la bioética y sus grandes problemas. Cabe definir sus motivos principales como sigue: (1) la toma responsable de decisiones y (2) los rasgos indeseables de la competencia y la obsesión por acaparar premios. Por ser una persona bastante joven, llama la atención el hecho de la importancia concedida por él a ciertos signos de nuestros tiempos, vistos con honda preocupación. He aquí un par de fragmentos claves al respecto:

1. “La época nos ha mostrado que el hombre constantemente está en competencia y es por ello que se inician las guerras y, del mismo modo, todo lo que está relacionado. Donde los medios para realizar cualquier competencia generan una actitud que invita a pasar por encima de muchas convicciones personales y volverse instrumento de los intereses personales de terceros. El hombre debe ser consciente de lo que cree y, al mismo tiempo, defender sus ideales”.
2. “Harry Potter, en la historia, debe estudiar o documentarse para poder respirar debajo del agua por intervalos de tiempo largo. Para conseguirlo, crea o

consume productos que pueden alterar al ser humano sin asumir correctamente las implicaciones de estas prácticas y, al mismo tiempo, se pueden ocasionar alteraciones irreparables a cualquier ser vivo ocasionando la muerte. ¿Es tan importante conseguir un premio?”.

También, aquí he corregido la puntuación cuando ha sido menester, pero sin alterar el sentido.

Caso 3: El autor, Andrés Felipe Duque Arroyo, ha elaborado así mismo su ensayo con fundamento en Harry Potter y el cáliz de fuego. Primero, hace una descripción prolija de los sucesos centrales del relato para luego pasar a las consideraciones éticas que estima convenientes. He aquí sus motivos centrales: (1) el enfrentamiento de escuelas filosóficas contrapuestas; (2) la rectitud del héroe, Harry; y (3) la corrupción del poder político. En cuanto al primero, contrasta el respeto de los principios éticos con la impunidad. En el segundo, apunta al valor y la honestidad. Y, en el tercero, vemos, en esencia, el sentido del buen gobernante concebido por Tolkien en la figura de Aragorn, aunque encarnado por Dumbledore en la óptica del ensayo de Andrés Felipe. Bueno, aquí tenemos dos fragmentos claves:

1. “La mayor muestra de honestidad por parte de Harry se mostró en la prueba tres donde éste tuvo todas las oportunidades de alzarse con el trofeo de las tres copas estando Cedric en el piso, pero prefirió que ambos tomaran el trofeo sin saber lo que les esperaba”.
2. “Así mismo, la película puede mirarse desde un contexto político en el cual Fudge representa un estado corrupto típico de algunos gobiernos actuales del mundo, en el cual se tapan verdades para no ocasionar escándalos de prensa o internacionales. En contraparte, Dumbledore representa al funcionario público honesto que prefiere informar a la gente, aunque los sucesos no sean buenos, que esconder la verdad en una cortina de humo que pone cadenas a nuestros pensamientos”.

Como en los casos precedentes, he corregido las impropiedades idiomáticas sin alterar el sentido. Por otra parte, llama la atención el cierre del ensayo de Andrés Felipe, puesto que manifiesta el impacto que le produjeron ciertas frases destacadas por mí durante las clases de bioética: “No todo lo que es tecnológicamente posible es éticamente admisible”; “La bioética es el conocimiento de cómo manejar el conocimiento”; “La bioética es una fámula solícita de la existencia en apuros”; “La ética es la estética del comportamiento”; “La ciencia es una forma de interpretar la realidad ajena al dogma y al principio de autoridad”. En suma, son frases de autores relevantes para la bioética: Hans Jonas, Van Rensselaer Potter, José Luis del Barco Collazos y Jorge Wagensberg.

Bien, al mirar en conjunto los ensayos reseñados antes, encontramos un común denominador, a saber: a despecho de la dureza de ciertos puntos de vista, los cuales tienden casi a descartar la posibilidad de rescatar a la humanidad actual de su marasmo ético, los estudiantes universitarios de hoy pueden dar muestras de algún grado de conciencia ética si se los induce a una reflexión sistemática y con buen basamento intelectual, mediada por las bondades educativas de la buena literatura de ciencia ficción y de mitopoeia. Y tengo un ejemplo elocuente a este respecto. Hace poco, culminó su trabajo de grado, dirigido por mí, Carlos Alberto González Mejía, quien acaba de recibirse como ingeniero químico de la Universidad Nacional de Colombia con grado de honor. Su trabajo de grado tuvo por título Avatares del principio de responsabilidad en el ejercicio de la ingeniería química antioqueña, cuyo comienzo

modesto fueron las pocas sesiones de bioética del curso sobre fundamentos de biotecnología. Pero, la pasión de Carlos Alberto por la bioética lo ha llevado todavía más lejos, ya que acaba de ingresar a la Compañía de Jesús. Por consiguiente, la pregunta de fondo es ésta: ¿En dónde están los verdaderos maestros hoy por hoy? Al fin y al cabo, como decía con tino Cajal, el maestro debe sugerir al alumno de continuo, no tanto con la palabra como con el ejemplo.

Epílogo

Las conclusiones relevantes a propósito de los méritos de la obra de John Ronald Reuen Tolkien para fines altamente educativos han quedado establecidas en las páginas que nos preceden. Por el estilo, cabe decir de otras obras de la literatura fantástica, como es el caso de la obra de Joanne Kathleen Rowling. Resumámoslas como sigue:

1. A fuer de las circunstancias que dieron lugar a la obra magna de Tolkien, por su mirada crítica frente a la sociedad industrial, y por su influencia en el surgimiento del movimiento ecológico, tal obra es parte de la historia crítica de la bioética.
2. Con motivo de la alta calidad de la escritura de Tolkien, junto con el rico universo histórico, geográfico y mitológico, sus bondades educativas tanto para el fomento del hábito de la lectura como para la formación de la conciencia ética y bioética son todo un Potosí pedagógico sin ir más lejos.
3. El conocimiento precario de los méritos de Tolkien y su obra en los mentideros académicos sólo se explica a raíz de la escasa o nula cultura humanista de nuestro tiempo.

Llegados a este punto, permitámonos el cierre con broche de oro de la pluma de Albert Einstein, quien decía con acierto esto que sigue³³: “Cuando se reduce al hombre a la condición de herramienta, se vuelve un sencillo “material humano” y los objetivos humanos corrientes, desde este punto de vista, se evaporan”. Bueno, esto y mucho más es sobre lo que quiso alertar Tolkien por medio de su obra magna, la deshumanización galopante de nuestra civilización industrial. Entretanto, las sombras de Mordor aún nos invaden aquí y en Vladivostok. ¿Reaccionaremos al respecto? ¿O dejaremos en el olvido el legado de John Ronald Reuen Tolkien?

³³ Aguiar, Susana. (2001). *Albert Einstein: Así lo veo yo*. Buenos Aires: Longseller.

